

señorea y lo domina todo en cualquier espectáculo, siempre que quiere dominarlo. Así de un golpe, hasta los más contrarios al joven, fuera del grupo puramente neroniano, se pusieron á consorcio en afectos con el novel orador y apoyaron su arriesgada pretensión. Bien hubiera querido Agripina en sus odios atajarla; pero se quedó como paralizada é inerte á la contrariedad opuesta por el público y á la complacencia de Claudio con su hijo. La culebra, estando ya en disposición de saltar y acometer, atrás hubo de volverse muy advertida por su infalible instinto del riesgo de una derrota. Entraba en las fórmulas y recetas que se impuso como código de vida ella, no luchar sino para vencer; y así transigía cuando tocaba con algún imposible y podía en su habilidad engañar á las gentes, haciéndoles creer que derrotaba ruidosamente á los demás en el acto de vencerse á sí misma. Y así, al primer impulso de su arrebato, sugerido por la persuasión íntima de levantarse allí terrible conjura tramada por Othón y Narciso contra ella, hubiese arrancado Claudio á su asiento, despedido los embajadores, disuelto la reunión, dejado á todo el mundo espantadísimo con la muestra escandalosa de su omnipotencia singular, á no temer un retroceso en aquel minuto y en aquel acto que la hubiesen hecho caer ante la corte de espaldas, mermando la fuerza del talismán, consistente de antiguo en la suerte de no haber perdido partida ninguna entre sus complicadísimos juegos, ni marrado en ninguno de sus perversos planes. ¿Británico la desafiaba? Pues Británico se las pagaría bien pronto, cayendo á sus plantas destrozado por aquellas largas uñas de águila y aquellos fuertes dientes de leona que puso naturaleza en la ferocidad nativa de su complexión. Así es que ya esperezada, movida, puesta en actitud amenazadora y combatiente, retrocedió con miedo de marrar en cualquier combate, muy segura de que rodaría sin remedio al abismo en cuanto diera el primer tropezón y sufriese la primera caída. Muy contrariada se replegó en sí misma, reprimiendo los asaltos de su despecho y jurando en los abismos infernales de su alma tomar á su debido tiempo y en favorable coyuntura un trágico desquite. Así verdaderamente asegurada por la curiosidad que despertó en el público y por la benevolencia que despertó en el emperador aquella increíble temeridad de Británico, la emperatriz calló bien pronto y se apercibió á oír

el discurso prometido por su audaz entenado, mostrándose, no contrariada, pagadísima y contenta de todo lo sucedido. Quien viera su frente sin arrugas, sus cejas sin frunces, su cara sin contracciones, sus ojos sin sombras, sus labios sin amarguras, su cuerpo sin estremecimientos, creyérala una diosa en el pleno goce de todo su poder y en el paladeo de toda su divinidad. Manifestándose vencida en aquella zalagarda dispuesta por sus enemigos, así como les daba un fácil triunfo á estos taimados, corría el riesgo ella de perder toda la campaña. Hizo de las tripas corazón Agripina en su consumada destreza y abrió los oídos al orador y al discurso. No estuvieron los neronianos por extremo conformes, á pesar de haber picado en todos un afecto tan propio y connatural á nuestra especie como la curiosidad. Así murmuraron un poco, mientras Británico se ponía en actitud oratoria y el público en actitud expectante. Un diálogo paralelo al que los amigos de Británico abrieran mientras Nerón recitara su arenga, urdieron los amigos de Nerón antes y mientras hablaba Británico. Excusado es decir que no se conocía en manifestación alguna de la vida romana el decaimiento universal como en este arte divino de la palabra, necesitado cual ningún otro de la etérea y alma libertad. Así como los maestros de la historia tenían que caer en el panegírico si deseaban escribir, los maestros de la elocuencia tenían que caer en la declamación si deseaban hablar. Y como la dictadura imperial no pudo lograr la extirpación completa de las ideas y de las reminiscencias republicanas, los fieles al régimen extinto se tornaban hacia la tribuna, entristeciéndose y añorándose de su decadencia con mayor motivo que de las otras decadencias sincrónicas, en atención á su pristina grandeza y á su inextinguible gloria. Sin embargo, si el arte de hablar se había perdido con tan extraña facilidad, no se había perdido, no, de igual suerte allí la costumbre de oír. Y no embaragante la costumbre, Claudio se cansaba, no de hallarse con los senadores y los litigantes y los enviados; cansábase de oírlos. Y así, ya que Agripina, en su conocimiento del esposo, no pudo impedir la oración de su hijo, interpuso un largo intermedio entre la que había de pronunciar éste y la que había pronunciado Nerón, á ver si ganando tiempo encontraba por casualidad cualquier súbito inesperado accidente capaz de servir á sus planes y deservir á los

planes de sus contrarios. Por tal razón, por los expedientes buscados en su fertilidad increíble de invención, explícense las largas disertaciones subsiguientes á la oración de Nerón, dichas por los más eximios de los oyentes, convertidos en animados interlocutores. Explican estas disertaciones con una claridad tal de lujo la situación atravesada por la sociedad romana y por la corte imperial, que rogamos al paciente lector las escuche y siga, si le importa é interesa el conocimiento de esta inmensa tragedia que se llama la vida verdadera de Nerón, determinada, no sólo por circunstancias externas, que guarda la historia, por muchas ideas, que corrían entonces como ráfagas eléctricas en el humano pensamiento y movían la voluntad universal.

— ¡Oh inania de las cosas humanas! — exclamó Persio, dirigiéndose á Séneca y á Lucano. — Antes fluían los labios de nuestros oradores arengas romanas en loor y servicio de Roma; hoy fluyen los labios de nuestros príncipes declamaciones huecas en recuerdo de cosas tan pretéritas como la muerte de Príamo y el palacio de Troya. Las circunstancias ó accidentes últimos, que aquejasen al más vulgar de nuestros conciudadanos, debían herirnos y embargarnos sobre tales cosas perdidas allá en los crepúsculos del tiempo pasado y en los albores del poema patrio. Nuestros versos y nuestros discursos parecen hechos, en su énfasis é hinchazón, para tormento de los pulmones y para castigo de los pecados. Mirad los retóricos, más dados á peinar los cabellos que la prosa; vestidos de togas nuevas y cargados de refranes arcaicos; al dedo el rubí como en su día natal y á la fantasía ni un solo pensamiento; el garguero endulzado por los jaropes y el alma por las dudas embargada; sobre una sede asentados cual ídolos egipcios y sin tribuna; huyendo del Foro, donde antes les oía el pueblo, á fin de recluirse dentro de los salones donde les oyen y de antemano les aplauden sus paniaguados, libertos y parásitos, que dicen extasiarse á la descripción del huevo empollado con la figura de Leda ó del toro que corría bramando por las praderas en pos de la ninfa Europa. Ya no hay sesiones del senado, sino comidas con sus correspondientes vómitos y sus asquerosas borracheras. Ya no sabemos empuñar la espada, sino la copa; dormir bajo las tiendas militares, sino sobre las camas de limonero; ganar una batalla, sino cocer una murena. Antes can-

tan y celebran los adobos rejuvenecedores de las alcahuetas, que los bosques sagrados bajo cuya fronda se oían las palabras reveladoras de la santa Egeria; que la cuna de Remo y el arado designadores del Pomerio en donde habían de brotar las romanas virtudes; que los surcos recién abiertos sobre los cuales recibía, apoyado en las ancas de su yunta, el sublime labriego Cincinato los ornamentos y las distinciones de su gloriosa dictadura. Alaban los retóricos el robo y los ladrones en antítesis verdaderamente simétricas. Lloran á una con frotos de cebolla y no con tempestad de sentimientos. Se comen las uñas mientras abandonan intactos los libros. Y tiene moral superior á ellos la cortesana que arranca en un raptó de ira sus barbas á cualquier mediador cínico.

— Ya no hay oradores — añadió Lucano en estilo no tan pintoresco, pero más alto. — Hoy nos llaman disertos, lógicos, atildados, correctos, jamás oradores. Sabemos hablar en los tribunales, pero no en el senado ni en el foro. Litigamos, no combatimos. Se conoce la elocuencia, pero se la desprecia. Por eso, Persio, hay que huir de la oratoria y refugiarse allá en la poesía. El escudo de la palabra, que guareció á nuestros libérrimos padres, no lo necesitan sus hijos, destinados á odedecer en la parálisis de su voluntad y en el silencio de sus labios. Nosotros en los hierros ganamos pleitos, mientras los ciudadanos en la república ganaban pueblos y naciones. Nada importa captar por las riquezas favorecedores; importa formar escuelas con ideas, partidos con arengas, como se formaban cuando cada cual pensaba todo aquello que le placía pensar y hablaba de todo cuanto hablar quería. A nadie señalan todos con el dedo y á nadie designan por su nombre como al orador. Ninguna satisfacción humana como ver un público numeroso pendiente de los propios labios. Así un orador tiene algo que nadie ha podido concederle y que nadie podría quitarle. Al poeta se le quiere ver como á un cuadro y á una estatua; pero al orador se le quiere oír, y por lo mismo hay que hallarse con él en perpetuo comercio. Las lecturas no pueden compararse con las arengas, como la guerra y el combate á brazo partido no pueden compararse con la contradicción y la controversia intelectuales. Los dioses no han querido en sus designios otorgar al orador descanso y reposo. Mientras viva le azotarán los latigazos de la inspiración, abrasadores como

el fulminante rayo. Cierta que la poesía también puede gozar de tal ventaja; pero en la soledad y en el apartamiento, no entre los oleajes procelosos de las encrespadas muchedumbres. Yo he preferido que las musas me lleven al borde ameno de las fuentes claras en sus brazos y me ciñan laureles al ejercicio de la elocuencia siempre sostenido y animado por la virtud; pero no ha provenido esta preferencia de mi voluntad y de mi deseo, sino de mi tiempo. Donde hay libertad se convive con todos, y de aquí el hermanarse la libertad con la elocuencia. Donde no hay libertad precisa vivir consigo mismo, y de aquí el hermanarse la poesía con la obediencia. Un tirano puede tener poetas; pero no tendrá nunca, jamás, oradores; como la duda puede tener siempre sacerdotes, pero no tendrá nunca mártires. Así nada más lejos de la elocuencia que la retórica. Aquella es un arte, mientras ésta un artificio. El orador elocuente llama la inspiración y la encuentra por un esfuerzo de su espíritu y no por código ninguno de leyes. Mientras el orador pronuncia un discurso con aquella inspiración verdaderamente notoria con que cantaba un lírico de las Olimpiadas helénicas su oda, el retórico lo confecciona como un plato de cocina con salsa é ingredientes tomados en la tienda ó botica de su escuela. Así los que hoy se adiestran en la frase, no hablan, recitan. Los ripios ocupan el altísimo lugar y el amplio espacio reservado antes á la idea. Por lo cual yo caigo de hinojos ante la familia divina de los oradores antiguos que se hallan serenos en el Olimpo de nuestras glorias, y reniego de los declamadores que garrulean por los intercolumnios de todos estos palacios imperiales como el viento entre las espadañas. Tras cada gran discurso hay un gran carácter, y sobre todo gran discurso brilla un espléndido ideal. La elocuencia se vale del argumento y detesta las adulaciones. El afeite de la retórica, lejos de prosperarla, como creen muchos, la empobrece y afea como el excesivo lujo y el espeso cosmético á la cortesana oriental. Desgraciadísimo debemos llamarnos de haber nacido en la edad nefasta de los afectados retóricos y no en la edad viril de los grandes oradores. ¡Oh Senado inmortal! ¡Oh República romana! ¡Oh libertad antigua! ¡Qué os habéis hecho en el mundo?

— Ahí estáis plañendo nuestros males á dúo sin ocurrir al conocimiento y expresión de su remedio — dijo Séneca severamente.

— Había elocuencia otro tiempo en el alma, porque había salud en el cuerpo también, porque había pureza y virtud en las costumbres. Las madres lactaban á sus hijuelos y no se conocían las nodrizas. Los juegos de la infancia notábanse por su honestidad y los días del joven se pasaban en las escuelas y no en los burdeles. Amábase lo bueno y lo bello sobre lo útil. Buscábase lo verdadero con libre y sano criterio. En la noche se dormía y despertaban del sueño los primeros asomos del alba y los primeros cánticos del ave. Pedíase á la matrona en el matrimonio la virtud y no la hermosura. Creían sanas las proles, porque las engendraba una severa castidad. Ahora el esclavo tracio y la nodriza griega, en cuyas manos ponen al niño, le vicia el cuerpo y le afea el alma. Nadie se recata de hablar ante los pequeñuelos. Así balbucen blasfemias oídas en torno suyo antes que oraciones; y cuando dicen una bellaquería, instruidos en el mal careciendo de la facultad de perpetrarlo, sus padres se lo ríen y se lo celebran como una gracia. Las verdaderas romanas se quedaban en sus hogares y no iban como estas falsísimas romanas de hoy por los espectáculos. ¿Queréis que sepan hablar bien quienes toman por maestros de su palabra, no los grandes filósofos, sino los viles histriones? La elocuencia, como el mar, acepta el tributo que le ofrecen los ríos fluyentes de todas las ciencias y refleja el cielo de todas las ideas. Como no elevemos la filosofía en el pensamiento nuestro á religión y no unjamos con esta religión ardiente los labios, jamás volveremos á la vieja elocuencia. El genio de Demóstenes oyó, antes de hablar, el verbo de Platón. Y en lo que tienes razón, Lucano, es en decir que la elocuencia necesita de la libertad, y hasta si quieres de una libertad violenta, de una libertad desordenadísima, de una libertad rayana con la licencia. Donde no hay agitación en vano pretenderéis hablar. Así los oradores han brotado en las plazas de Atenas, henchidas por las tormentas democráticas, y en las guerras civiles romanas. Donde hay paz profunda, como en el imperio fundado por Augusto, y orden concertadísimo, como en Lacedemonia y Creta, célebres por sus leyes y por la sujeción á esas leyes de todos los ciudadanos, jamás tendréis, Persio y Lucano amigos, jamás tendréis en favor aquella primera y universal arte de los pueblos libres, el arte de la palabra elocuente y de la grande argumentación

rigurosa. Creedlo: el orador está eternamente casado y unido con la libertad.

— Pues yo, dijo Nerón, acercándose al sitio donde se hallaban los interlocutores, yo prefiero á todas las artes sin excepción la música. El coro de las Musas llamamos á la reunión divina de aquellas dulces hermanas que nos envían sus inspiraciones, y al dios de la poesía no podríamos comprenderlo sino tañendo la cítara, que oyen extasiadas las estrellas. En todo verso hay música por el metro, por el encadenamiento de las sílabas, por las matemáticas anotaciones de las palabras y el verdadero concierto entre todas ellas reinante. No podríamos danzar en las festividades nuestras, ni seguir las ceremonias y liturgias religiosas, ni poner en escena una tragedia, ni ejercitarnos en la elocuencia sin el auxilio de la música. Desde tiempos remotos llamamos concierto á la reunión de los astros en el cielo inmenso y tenemos por una especie de músicas escalas á las luminosas constelaciones. No sería Pan el dios de las selvas si no les hubiese dado una voz con las flautas; ni Baco el dios de las vendimias si no las hubiese alegrado con sus címbalos y con sus platillos. Todo lo que ama en el universo busca y compone verdaderas armonías. El susurro, el rumor, el arpegio, el gorjeo, el eco son verdaderas notas que van instintivamente produciendo los seres para endulzar la vida. Yo nunca me creo tan feliz como al tañer la cítara y acompañarme con mis dedos sobre las cuerdas una canción. Si en mi mano estuviese haría del mundo un teatro, de las cosas universales una orquesta, de hombres y mujeres un coro enorme, de la vida un cántico perpetuo elevado á las alturas desde mi garganta y extendido por el espacio inmenso como se difunden y extienden los rayos del sol. Moriría como muere la cigarra en el olivo bajo las ramas oscuras; moriría en torrentes de luz cantando al sol estival y al calor ardiente. Yo no conozco embriaguez tan divina como la que al ánimo presta un exceso de ritmo y de armonía. Los romanos antiguos, nuestros gloriosos abuelos, en su temor á la triste afeminación de costumbres, incompatibles con el valor nativo suyo, intentaron contrastar por todos los medios imaginables el poder de las Musas creyéndolo dañosísimo al espíritu militar; pero Grecia, esa divina Musa, cuya inspiración se impone al espíritu, penetrado y

sugerido sin quererlo por ella, luchó á la callada y ganó sin apelación su partida. Entonces pudieron ver hasta los mayores enemigos del divino arte cómo para renunciar á la música forzoso era también renunciar á la poesía. No encontraréis gusto en los idilios, dice Teócrito, como no los acompañen flautas y zampoñas. La pasión de Safo pide á voces una cítara que ayude á la expresión maravillosa del verso. No choquéis los vasos rebosantes de oloroso Chipre al amor de un cantar anacreóntico, si el plectro no choca en armonía deleitable con las cuerdas. Muy pronto pudo verse cómo sonaban mejor al oído las odas de Horacio y las églogas de Virgilio en concierto y consonancia con dulces sinfonías que abandonadas á sí mismas. Cuando el poeta venusino en su canción dedicada humildemente á Sexto nos describe los comienzos de la primavera, el primer soplo tibio de los céfiros entre las hojas recién brotadas en los olmos, el flote de las navecillas antes encalladas en las arenas sobre las aguas celestes, el ganado retozón que cambia el aprisco por el prado y los henos frios por las magas flores, los aromas de las rosillas sucediendo á los rigores de las escarchas, no acierta con otra hipérbole de su placer expresiva que presentarnos á Venus, acompañada por ninfas, haciendo brotar del suelo, por sus blanquísimos pies hollado con cariño, hermosas y suaves cadencias. Ovidio está en el destierro. Bajo sus pies no hay sino juncosas marismas emponzoñadas de fiebre, sobre su cabeza nubes hinchidas de tormentas, ante su vista olas batidas por huracanes continuos y por una tempestad perdurable alteradas. Las amarguras del Ponto despedidas le turban los ojos y le ulceran los labios. No hay á su dolor consuelo. Y sin embargo se sonríe feliz cuando sabe que si Roma desterrara su persona, no así sus versos cantados al son de liras múltiples por coros armoniosos en fiestas y espectáculos. No hay comida buena sin concertada orquesta. Si la música se perdiera en el Imperio, yo preferiría ser citarero en cualquier pueblo bárbaro á emperador en Roma. No gusto de cuchillos, espadas, lanzones, catapultas, enseres inarmónicos todos; gusto de las cítaras y de las flautas y de las liras y de las arpas, todas armoniosísimas. Entre capacetes y salterios, no vacilo un minuto; entre címbalos y rodela, tampoco. Yo creo los instrumentos de cuerda hechos para pacificarnos y los de